

José Manuel Pedrosa, comp. *El libro de las sirenas*. Almería: Ayuntamiento de Roquetas de Mar, 2002; 257 pp.

El fin principal de este volumen es el de abordar, a través de una visión comparativa, una de las leyendas míticas más antiguas de la historia, la literatura y la cultura universal: la leyenda de la sirena. A través de once estudios, el lector entra en contacto con una gran variedad de creencias, de descripciones y representaciones que sobre este ser misterioso se han elaborado a lo largo de la historia y la geografía humanas. ¿Quién puede decir que jamás ha escuchado o leído algún poema, cuento o leyenda acerca de la sirena, ese ser mitad mujer, mitad animal, algunas veces victimario y otras víctima, que de vez en vez se deja mirar o escuchar por marinos y pescadores en las playas, los arrecifes e incluso en lagos y ríos de tierra adentro?

Con la presente publicación se pretende dar un primer gran paso sobre este tema, con un enfoque de literatura comparada, disciplina poco desarrollada en España, según nos advierte su editor, José Manuel Pedrosa. El tema de las sirenas, en particular, ha mostrado un gran rezaigo, más evidente aún cuando se considera que países tan cercanos culturalmente como Italia, Francia y Alemania cuentan con una gran tradición de trabajos sobre esos seres míticos (11, n.).

Uno de los aspectos más atractivos en relación con el mito de la sirena es la existencia de elementos comunes que permanecen a pesar de las grandes distancias geográficas y temporales que esta leyenda ha recorrido. Así sabemos, entre otras cosas, que en general se trata de una mujer muy bella, alta, de cabellos largos que a veces peina y que debajo de la cintura lleva una larga cola de pescado; esto, de acuerdo con los relatos de hombres que dicen haberla visto. Otros, que aseguran haberla oído, nos hablan de un ser que emite ruidos, ecos y voces que con frecuencia son escuchados por las noches; sonidos que evocan con frecuencia el canto cautivador de una mujer que, según una interpretación bastante extendida, está condenada a vivir eternamente en el mar a consecuencia de una maldición:

La sirena de la mar
es una moza gallarda,

que por una maldición
la tiene Dios en el agua...

(40)

La sirenita del mar
es una moza muy maja,
que por una maldición
la tiene Dios en el agua.

(40)

Son estos rasgos comunes los que permiten hablar de “un fondo narrativo antiquísimo e internacional” —en palabras de Eloísa Ma. Cabrera Carmona—, cuyo conocimiento se pretende que ayude a apreciar los vínculos que, al cabo de tantos siglos y de tantas distancias, siguen uniendo a diferentes pueblos del mundo que comparten una misma tradición cultural (9).

Por su parte, José Manuel Pedrosa nos señala que el mito de las sirenas es en realidad un asunto muy complejo, ya que, si bien han mantenido un indiscutible patrón de parentesco en un ámbito universal claramente comprobado, en cuanto a concepto, aspecto y representación, las sirenas también han ido acumulando con el tiempo rasgos sumamente cambiantes en las diversas tradiciones. Esto es lógico, si se tiene en cuenta que se trata de un mito que ha vivido durante milenios en un gran número de tradiciones culturales diferentes, varias de ellas al margen de la influencia occidental.

Pero incluso dentro del ámbito cultural occidental, las sirenas —nos dice el mismo autor— se han ido transformando. Las primeras descripciones y representaciones de las culturas griega y romana, aunque presentan variantes, coinciden en que las sirenas eran seres con el cuerpo, o parte de él, en forma de ave; por ejemplo, la iconografía antigua las representa con cuerpos y extremidades inferiores de ave y la cabeza podía ser de hombre barbado o de mujer, mientras que Ovidio las describía como aves de plumaje rojizo y cara de virgen. Más adelante, a partir de la Edad Media, las representaciones y descripciones de sirenas aumentan considerablemente, y no es hasta los siglos VIII y IX que las sirenas

empiezan a aparecer, todavía mesuradamente, con cola de pez (34). En el arte románico, la cola de ave sufrió transformaciones muy variadas, tal y como se observa en el claustro de Santo Domingo de Silos (Burgos), en donde se encuentran esculpidos tres tipos diferentes:

En un capitel del claustro bajo hay una sirena con cabeza de mujer cornuda, boca de la que salen serpientes, largo pelo, cola de ave y patas de chivo. Otro relieve, cronológicamente algo posterior, representa a una sirena con cabeza de mujer, cabello rizado, gorro frigio, cuerpo de ave, cola de reptil y pezuñas de chivo. El tercer tipo está esculpido en claustro alto: aquí aparece la sirena con cabeza de mujer, cuerpo y patas de ave, y alas extendidas (Pedrosa: 34).

Desde la Edad Media y hasta la fecha, las alusiones a la sirena no han cesado, y para darnos una idea de ello, en el estudio titulado “Las sirenas, o la inmortalidad de un mito (una visión comparatista)”, José Manuel Pedrosa nos da, entre otras cosas, un panorama general del desarrollo que ha seguido este mito en la literatura desde la época medieval hasta la contemporánea, a través de una revisión de varias obras en las que los autores más diversos y en contextos totalmente disímbolos, han realizado descripciones, ya en verso, ya en prosa, de la sirena: Dante, Cristóbal Colón, Erasmo de Rotterdam, Fernando de Rojas, Gil Vicente; en el Barroco, Shakespeare, Miguel de Cervantes, Calderón de la Barca; más adelante, Goethe, y en el siglo XX, Guillaume Apollinaire, Tristan Tzara, Franz Kafka, los poetas de la generación del 27, Rafael Alberti, Jorge Guillén y Luis Cernuda, además de Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso y Eduardo Galeano, entre muchos otros (61-79).

Pero a la par de todas estas sirenas, immortalizadas a través de la historia por el arte de la escritura, tan importante o más resulta la compleja y fuerte plataforma de leyendas orales, de las que, en realidad, se han valido la inventiva y la creatividad de todos los autores antes mencionados. Transmitidos de generación en generación, esos relatos no sólo han vivido en la imaginación de viajeros, poetas y artistas plásticos, sino que hoy en día —nos dice el mismo Pedrosa— forman parte de la cotidianidad de hombres y mujeres que creen en las sirenas “como actores no de sus

sueños e imaginaciones, sino de sus propias historias personales, familiares y locales” (80).

Una gran cantidad de relatos orales sobre mujeres-pezu aparecen a lo largo del *Libro de las sirenas*, los cuales pertenecen a diferentes culturas del mundo, que en conjunto forman un panorama muy atractivo, debido a la extensión geográfica que abarcan. Así, hallamos mitos de los tehuelches y los mapuches, del área centro-sur de Chile y Argentina y de la isla de Chiloé (195-211); la leyenda de Tula de la etnia *djerma-songay*, en Níger (213-219); relatos del pueblo *fon* de Benin (221-225); leyendas y cuentos de la isla de Madagascar (227-232); relatos de Perú, Colombia, Haití, Guatemala y otros países latinoamericanos, así como de Filipinas, Senegal, Guinea y Marruecos (81-98), y por supuesto, diversos puntos de la Península Ibérica (13-27, 80, 85-87).

La temática en estos relatos orales, como es de esperarse, resulta muy variada. En algunos, las sirenas son concebidas como seres maléficos de los cuales hay que tener cuidado porque tienen la particularidad de “llevarse a los hombres”, sobre todo a los guapos, a los muchachillos (80). En el pensamiento de algunas culturas del Perú y de Colombia el miedo reside en que cualquier mujer u hombre puede llegar a convertirse en sirena o en algún tipo de pez, según sea el caso, si comete el error de bañarse en el río o en el mar un miércoles, jueves o, especialmente, un viernes de la Semana Santa (81). Esta idea, añadimos, se relaciona directamente con el contenido de una de las coplas más conocidas del son huasteco llamado *La Petenera*:

La sirena está encantada
—eso no lo digo yo—
nomás por una bañada
que un jueves santo se dio,
que siendo una niña honrada
un pescado se volvió.

Para otros, existe la creencia de que si alguien se encuentra con la sirena puede volverse loco o contraer algún tipo de enfermedad (81-85).

Sin embargo, no siempre los atributos de la sirena son negativos. En el pensamiento de algunos pueblos, por ejemplo en Haití, la figura de

este ser mujer-pezu se asocia a la siguiente creencia: el que logre apoderarse de su peine de oro o, como sucede en la tradición rural de Argentina, quien encuentre tesoros escondidos, adquirirá riquezas (84-85). También puede llegar a considerársela propicia para los navegantes en aquellos lugares en que la sirena suele ayudar a encontrar el camino a los marinos que se han extraviado (88).

Otro aspecto importante que señala José Manuel Pedrosa en su estudio es la posibilidad de agrupar un gran número de las leyendas sobre sirenas recogidas en todo el mundo alrededor de dos núcleos argumentales específicos: por un lado, quedarían las leyendas que explican el origen de las sirenas a partir de una maldición de su padre o de su madre, entre las que sobresale el ciclo narrativo de Melusina y, por otro, las que describen la dificultad o incluso la imposibilidad de unión entre dos tipos de seres que pertenecen a diferentes especies: los seres sobrenaturales, entre ellos, la sirena, y los seres humanos.

El contenido de estos relatos es de suma riqueza no sólo por las creencias y formas de pensamiento que en ellos se reflejan, sino también por el lenguaje utilizado. Su lectura nos permite, por ejemplo, escuchar una serie de localismos y ciertos usos propios de este tipo de tradiciones orales como es el remitir a una tercera persona como testigo presencial, muchas veces bastante lejano y cuidadosamente indefinido, mediante frases como: “Cuentan que decían, y aún dicen, que...”, “Cree que la han *llegao* a ver...”, “Dice que han *contao* de que allí han *existío* las sirenas...”, “Y decían que venían por la noche”; o bien: “Pero un día, un amigo del bisabuelo de mi abuelo...”, una frase genial que aparece en el primero de los doce relatos recogidos por Nieves Gómez López en la provincia de Almería, leyendas que permanecen hoy en día en la memoria de algunos hombres y mujeres de edad avanzada y que tienen un gran valor, entre otras cosas, porque equivalen, según escribe la autora, a los “últimos ecos de una tradición en pleno e irreversible proceso de extinción”. Esta primera leyenda dice así:

Entre los pescadores del Mediterráneo se contaba que hace mucho tiempo, en la isla de Sorreno, había sirenas, las cuales, con la música que tocaban, atraían a los marineros que, aturdidos por el sonido, perdían el control del barco, que se estrellaba contra los arrecifes. Entonces, las

sirenas devoraban a los imprudentes navegantes. Pero un día, un amigo del bisabuelo de mi abuelo, pasó cerca de esa isla. De pronto, empezó a escuchar el canto de las sirenas, cuando de pronto, su barco se dirigía hacia el arrecife; pero un marinero, que tenía fama de cantar maravillosamente, empezó a cantar y contrarrestó el sonido de las sirenas, y se libraron de una tragedia. De igual manera, desde entonces, todos los barcos que pasan por su alrededor antes de pasar por allí, todos los marineros se ponen taponos de cera en los oídos. Cuenta la leyenda que las sirenas, devastadas por su fracaso, se lanzaron al mar, y no se les ha visto nunca (13-14).

Se trata de un ejemplo sorprendente, ya que, como apunta la autora, existen elementos que concuerdan de una manera casi textual con las descripciones de las fuentes griegas, es decir, con los sucesos expresados por Homero en el canto XII de la *Odisea*, y por Apolonio de Rodas en el libro IV de las *Argonáuticas*, las dos descripciones más importantes de la época clásica.

En relación con estas primeras fuentes, José Manuel Pedrosa nos dice: “ningún acercamiento a estos mágicos seres puede olvidar la tradición griega, que acuñó de forma indeleble algunos de los rasgos con que han seguido siendo imaginadas y representadas las sirenas durante milenios” (30). Y *El libro de las sirenas* no es la excepción. Chet Van Duzer es el autor del estudio titulado “Las sirenas homéricas en su contexto, y los inicios y desenlaces del relato” (101-113), en el cual desarrolla un interesante análisis del episodio de las sirenas en relación con otras aventuras de Ulises. A partir de la revisión de numerosos pasajes, Van Duzer llega a la conclusión de que la narración homérica tiende a estructurarse en acontecimientos duales o de contraste. Esto se observa claramente en el juego de oposiciones que presentan Néstor y Menelao, los dos personajes que visita el hijo de Ulises, Telémaco (en los cantos III y IV), en busca de información sobre su padre; diferencias en cuanto a la condición económica de uno y otro, a la distinta forma de llegar a sus respectivas casas, a su carácter y a los consejos que recibe de cada uno de ellos. Una dualidad del mismo tipo sucede entre el episodio de las sirenas y el de la isla de Trinacia donde los hombres de Ulises, desesperados por el hambre, deciden matar y comerse el ganado sagrado de Helios, aprovechando un momento en que aquel se queda dormido.

Más adelante, Francisco Molina Moreno realiza un análisis de la serie de afinidades que se pueden observar entre algunas de las características que Platón, los pitagóricos y los neoplatónicos atribuyeron a las sirenas y ciertos rasgos y funciones de las jerarquías angélicas en el marco de la religión hebrea y su derivación cristiana. A partir de estas afinidades entre sirenas y ángeles, el autor cree que es posible vislumbrar “los posibles orígenes remotos comunes de sirenas y de ángeles en algunas mitologías del Próximo Occidente” (115).

Otro interesante estudio es el de Melinda J. Gough, “Circe y las sirenas en las mitografías y enciclopedias del Renacimiento” (129-148). En él, la autora comienza señalando que el significado simbólico de las sirenas no puede establecerse cabalmente sin atender al mismo tiempo al de Circe, la hechicera que aparece junto a ellas en innumerables textos. En la literatura renacentista, tanto a las primeras como a la segunda se las ha identificado insistentemente con los peligros y placeres eróticos y poéticos, por influencia —plantea la autora—, no tanto derivada de los poemas mismos de Homero, de Virgilio o de Ovidio, sino de una tradición de escritos de tipo alegórico que surgen como una respuesta directa a los ataques, dirigidos principalmente por Sócrates y Platón, que se dieron en Grecia contra la poesía de Homero, considerándola tan engañosa y corrupta como las mujeres tentadoras que aparecen en su poema (130-131). Ante este hecho, algunos escritores clásicos deciden dignificar la imagen del héroe de Homero, poniendo mayor énfasis en las diferencias que en las afinidades de Ulises con respecto a Circe y las sirenas, colocando al primero como la representación de un alma razonable y mesurada, opuesta a las pasiones encarnadas por estas figuras femeninas del poema homérico. En este contexto, la historia de las sirenas en el Renacimiento debe ser entendida como parte de una lucha por legitimar la actividad de la lectura en general y la lectura de la literatura clásica en particular.

El análisis de Rebeca Sanmartín Bastida acerca de las sirenas en la literatura y en las artes del siglo XIX, el de Alejandro González Terriza sobre las sirenas en el folclor neohelénico, y los estudios de caso de Graciela Beatriz Hernández, Safiatou Amadou, Laurent Fidèle Sossouvi y Harinirinjahana Rabarijaona completan esta panorámica dispuesta en once escritos que sin duda resulta muy atractiva no sólo por la diversi-

dad de leyendas incluidas o por la cantidad de enfoques y temas específicos analizados, sino por la oportunidad que el lector tiene de conocer la serie de redes que unen, de una u otra manera, las diferentes concepciones y representaciones que sobre la sirena han construido los hombres de las más distintas culturas. Al mismo tiempo, una publicación con estas características nos deja la inquietante certidumbre de que de ninguna manera todo ha quedado dicho sobre el tema; por el contrario, la sensación final es la de que el conocimiento sobre estos seres acuáticos apenas ha comenzado. Para aquel interesado en seguir por el sendero que este libro ha tomado se recomienda echar un vistazo al nutrido apéndice bibliográfico incluido al final de *El libro de las sirenas*.

ROSA VIRGINIA SÁNCHEZ
CENIDIM, INBA